

Objetos arqueológicos de la Hacienda "San Nicolás"

Doctor Leonidas Alvarenga.

Estos terrenos, propiedad de Don Antonio Daglio, se hallan situados a unos cinco kilómetros al sur de San Salvador; hacia el sur de la hacienda y a unas tres leguas queda Huizúcar; al Oriente se tienen los Planes de Renderos y hacia el poniente Cuzcatlán, a tres o cuatro kilómetros de distancia, en línea recta.

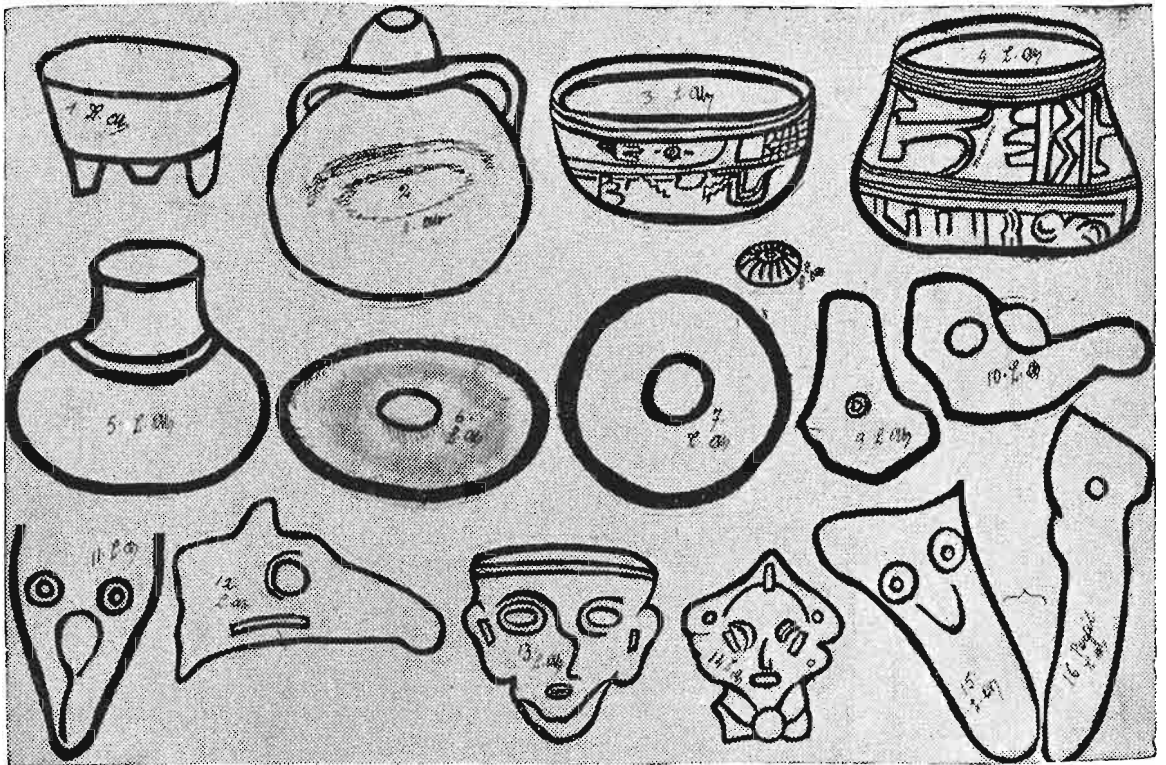
Extensos como son estos terrenos, constituyen una sólo área con la hacienda El Porvenir, también, propiedad de Don Antonio Daglio.

La ubicación de la hacienda San Nicolás, tan cercana a la actual población de Cuzcatlán, indica que se encuentra justamente en la misma comprensión en la cual se levantaba la populosa antigua Cuzcatlán, tan importante desde todo punto de vista como para dar nombre a una comarca, la actual República de El Salvador, y que mereciera la calificación de ciudad.

La pacífica y valiente Cuzcatlán estaba comprendida en el extenso valle de Quezalcoatitán o Zalcoatitán, el mismo valle de San Salvador, y comprendía desde San Jacinto hasta Santa Tecla y una gran extensión hacia otros rumbos; más o menos, unos treinta kilómetros cuadrados. Desde el punto de vista arqueológico y en lo que se refiere al hallazgo de objetos y basura arqueológica, en el valle de Quezalcoatitán o Cuzcatlán, se citan dos formaciones: tierra vegetal y material volcánico. En estas dos clases de depósitos yace el material arqueológico representado por objetos de la industria del hombre (loza, objetos de barro, etc y sus restos (basura arqueológica).

La tierra vegetal se puede encontrar en capas de poco espesor relativo, que han necesitado muchos siglos para formarse. La disposición de los depósitos de tierra vegetal con relación a los de material eruptivo y su contenido en objetos que dan testimonio de la existencia del hombre en esos tiempos geológicos, permite reconocer las varias corrientes migratorias humanas a través del tiempo y de las extensas regiones americanas, en lo general procedentes del norte. Por orden cronológico de llegada se caracterizan tres civilizaciones: arcaica, maya y pipil; primero la arcaica, siguió la maya y, por último, la pipil.

Los restos de la civilización arcaica se encuentran a profusión en la capa de tierra vegetal que se halla sepultada bajo grandes espesores de cenizas volcánicas (tierra blanca, pómez.....). Estos estratos de tierra vegetal se hallan en todo lo que rodea a San Salvador y en el mismo San Salvador; se diferencia por su color y por su textura, distintos de la tierra blanca suprayacente; en estas capas el material arqueológico aparece superficialmente; lo hemos hallado en forma de huesos, de barro cocido, de cuentas esferoidales.... por el lado de San Antonio Abad, el Zapote, el Modelo, por las barrancas del Acelhuate, etc. A poca profundidad de los depósitos de cenizas volcánicas (tierra blanca, pómez....) se encuen-



tran los objetos de la industria del hombre correspondientes a las civilizaciones maya y pipil.

En el hoyado practicado en la hacienda San Nicolás para la resiembra de los cafetos y en los cortes de los caminos, es frecuente encontrar objetos arqueológicos de estas civilizaciones. A continuación figuran algunas de las piezas que forman la colección arqueológica de nuestros amigos Don Emilio Rivera Escobar y Señora; ellas nos hablan de esas tres civilizaciones, uno de cuyos grandes focos fué la precolombina Cuzcaltán, a la cual perteneció la región de las haciendas San Nicolás y El Porvenir:

Nº 1 Vasija cónico—truncada de 15 cms. de diámetro mayor y 12 cms. de diámetro menor; la superficie es negra, rugosa, sin pulimento; en la parte externa de la base aparecen las señales correspondientes a los tres pies completamente separados; es una vasija tripodal que expresa el alto punto de civilización alcanzado, al grado de darle tal simetría y fineza como la de la obra que puede salir de manos de obreros que en nuestros tiempos trabajan con herramientas especiales y medios adecuados. Su poseedor primitivo debe de haber gozado de un grado gerárquico no común.

Nº 2. Anfora de arcilla muy fina, de color marfilino con pinceladas de color rojo, indeleble; es de 22 cms. de alto por 19 cms. de diámetro mayor. La boca estrecha indica su uso: para guardar líquidos (agua.....)

Nº 3. Vasija muy sencilla, pero elegantemente decorada a colores por dentro

y por fuera; es de loza fina, dibujos castaños y fondo rojizo; es de 22 cms. de diámetro mayor por 12 cms. de alto.

Nº 4. Dimensiones: diámetro de la boca, 16 cms; diámetro de la base, 10 cms.; diámetro mayor, 21 cms.; altura, unos 13 cms. Las paredes verticales suavemente redondeadas van subiendo e inclinándose hacia la forma de un cono truncado. El conjunto es elegante y tanto más cuanto que armonizan de manera maravillosa el castaño, el negro y el rojo; las líneas circulares horizontales son rojas y negras; los dibujos de la parte inferior son castaños y los intermediarios a las líneas circulares superiores e inferiores son en parte negro, en parte rojo, sobre fondo castaño. El pensamiento del artista tomó en consideración la estética y la utilidad: el diámetro de la boca, un tanto reducido, permite el transporte cómodo de un líquido; su limpieza relativa, tanto externa como interna, indica un uso especial, distinto del que pudiera dársele en la cocina; fué encontrada en un corte de camino, a unos cuatro metros de profundidad.

Nº 5. Dimensiones: diámetro de la boca, unos ocho cms.; diámetro ecuatorial, unos 18 cms.; altura, unos 16 cms. Es un tanto deprimida en el fondo para permitir su estabilización. Entre el cuello y la porción ventral hay dos surcos hechos a punzón. Si esta especie de redona fuera de material poroso podría considerársele como una alcarraza propia para mantener fría el agua; su material es loza muy fina color de marfil.

Nos. 6 y 7. Se refieren a unos objetos muy comunes entre los encontrados en los estratos arqueológicos. La figura 6 los representa vistos de perfil; la figura 7 representa su corte transversal; el representado en estas figuras es de barro negruzco endurecido y sin pulimentar; su sección perpendicular es circular; entre otros usos estos objetos servían para atar las aves de corral e impedirles que abandonaran el patio; podían servir de masas arrojadas o, adaptándoles un mango, como masas de guerra, contundentes. El ejemplar representado tiene unos 9 cms. de diámetro externo y el agujero, unos 2 cms.

Nº 8. Pieza de 3½ cms. de alto por 1½ cms. de diámetro mayor. Geométricamente le forman dos casquetes esféricos unidos por la parte plana; deprimidos hacia los polos lleva una perforación de polo a polo; es macizo y decorado a colores. Esta pieza formaba parte del malacate usado en los trabajos de hilado del algodón. La circunstancia de decorarla de manera tan vistosa indica el espíritu que animaba a esos pueblos que trabajaban en el ambiente mismo que les rodeó al nacer y disfrutaban del producto de su labor, con los suyos, sin verle pasar a manos de gente extraña que como recompensa les martirizaban con golpes de látigo que ponían en carne viva sus espaldas. El arte con el cual fabricaban estos instrumentos de trabajo es índice del valor de una industria puramente autóctona, cuyos materiales los ofrecía la misma tierra y, en lo absoluto, desde los malacates hasta los tintes, el indio lo hacía todo: ponía la simiente en el surco, cuidaba del crecimiento de la planta, hacía la recolección de los capullos del algodón, separaba las semillas, hilaba, teñía, tejía, cortaba la tela, cosía sus vestidos, los bordaba y aplanchaba.

Nº 9. Dimensiones: 9 cms. de largo por 5 de ancho. Es de arcilla finamente trabajada. En conjunto semeja el pico de una palmípeda; el ojo está representado por un agujero; es parte de una pieza desconocida.

Nº 10. Dimensiones: 9 cms. de largo por 5 de ancho. Semeja el pico de un ave, probablemente un chompipe; las aberturas de los ojos comunican con el hueco del objeto.

No 11. Vista frontal del objeto del Nº 10. Estas piezas son parte de utensilios de usos diversos.

Nº 12. Fragmento de barro fino, de 10 cms. de largo por 5½ de ancho. Su contorno es el de una danta, animal casi extinguido en nuestra República; en esos tiempos probablemente abundaba, Los agujeros representan los ojos. Abajo hay

una hendidura como las que llevan las alcancías. Tanto los agujeros de los ojos como las hendiduras (una a cada lado) servían para la introducción de piedrecillas (el cuerpo es hueco) que por agitación sonaban como cascabeles. Esta disposición se encuentra en muchos utensilios que tienen, ya forma de pies, ya de asas, etc. El objeto de la figura 12 es un fragmento.

Nº 13. Cara de barro macizo. 7 cms. de alto por un poco más de 7, de ancho. La ceja es pintada de rojo.

Nº 14. Cara de barro macizo 7 cms. de alto por 6 cms. de ancho. La nariz y los ojos de estas dos caras recuerdan los hermosos ojos y la nariz de los indios lacandones. La cara Nº 14 es interesante por el tocado, el cuello y la corbata, que indican un elevado grado de civilización.

Nos 15 y 16. Restos de barro cocido, macizo, sin color, vistos de frente y de perfil. Recuerdan el pico de las palmípedas. Dimensiones: 13 cms. de largo por 5½ de ancho. La parte central de los ojos es un agujero que puede servir para la introducción de piedrecillas que al agitarlas suenan como cascabeles.

La vista de esta clase de objetos ocasiona sentimientos múltiples que llevan el espíritu de los transportes de admiración por lo simétrico de las formas, por el acabado de su fábrica, por sus dibujos y alegorías, a las honduras del pensamiento filosófico que trae a la mente todas las vicisitudes de los grupos étnicos que salvando grandes distancias y por etapas poblaron el istmo centroamericano. Las circunstancias por las cuales el vencido y arrojado de su patria se constituye en vencedor, a través de las distancias y arrebatada su patria y sus haberes y sus mismos dioses a veces, a razas que les precedieron y, todo, para ser, a su vez, sojuzgado y hasta destruido por razas de color distinto al suyo, no más valientes, pero sí, mejor armadas.

Las líneas anteriores son evocadoras de lo que pasó en la heroica Cuzcatlán, en pleno Quezalcoatlán, tan distante del reino de Tula, en el Anáhuac, lugar donde vino al mundo Topilzin-Axítl, quien recibió de su padre el trono del reino de Tula y reinó con el nombre de Quetzalcoatl II.

Topilzin-Axítl era lo que llamamos hijo natural; tenía por parte de su padre varios hermanos, quienes también se creían con derecho al trono, idea fomentada por cada una de sus distintas madres. Se formaron dos partidos; el que patrocinaban los sacerdotes de la luna, a favor de los rebeldes y el de los sacerdotes del sol y del lucero de la mañana, que simpatizaba con Quetzalcoatl. Después de cruento batallar vencieron los rebeldes y destruyeron el Imperio Tolteca.

Topilzin-Axítl o Quetzalcoatl II, el monarca depuesto, para salvar su vida y la de sus súbditos, tuvo que huir de Tula, capital de su reino, a regiones distantes, a Tulha del lago Güija, al antiguo Tlapala, patria de sus ascendientes. Tales son los sarcamos de la vida; el flujo y reflujo de los acontecimientos; el ciclo fatal de la humanidad, con su nacer y morir y perpetuarse en sus descendientes; tal es, en muchas circunstancias, el imperio de la fuerza, resultante de conciencias pervertidas y ambiciosas.

Las tribus toltecas, en su migración, siguieron varias sendas: cuencas de los grandes ríos, del Chiapas y el Usumacinta. El éxodo de este pueblo y de estas tribus está jalonado por la existencia de los pueblos quiché, cakchiqueles, zutuhiles, etc., en los cuales se detuvieron algunas de las tribus. El exrey y las tribus pipiles o yaquis, siguiendo la costa del Pacífico, llegaron a tierra salvadoreña. Ellos fundaron la ciudad de Cuzcatlán, en el año 1504, en el Valle de las Hamacas o de Quetzalcoatlán. EL SALVADOR ANTIGUO, interesante tratado arqueológico, obra del nunca bien sentido profesor Don Jorge Lardé, textualmente dice: "el venerable anciano de la túnica azul" se dirigió a Teximpoal, y llegó al Güija y fundó el famoso santuario de Mictlán (Mita) y el reino de Payaquí o Hueytlato que abarcó gran parte de la actual República de Centro América, desapareciendo misteriosamente

después de algunos años. Parece que se dirigió a Yucatán; murió allí al poco tiempo y sus restos fueron enterrados en Cozumel”.

La herencia de Topilzín Axitl (Naxitl) no pudo ser mantenida por sus sucesores y el reino de Hueytlató fue disgregado; el reino fue transformado en otros reinos y señoríos independientes: Quichés, Cakchiqueles, Zutuhiles, Izalcos, Cuzcatlecos, Mazahuas, Nonualcos, etc. Todas estas fracciones siguieron fieles, reconociendo la autoridad religiosa de los descendientes de Quetzalcoatl que se establecieron en Mictlán. Estas grandes migraciones de tribus se verificaron en los siglos XI y XII de nuestra era.

El heroico pueblo cuzcatleco llegó al sumo del valor y del sacrificio con la llegada de los conquistadores españoles, de los poderosos ejércitos de Carlos V al mando de Pedro de Alvarado. Su valor no fue óbice para que fuera destruida e incendiada la populosa Cuzcatlán; construida de madera y paja a causa de lo bamboleante de su suelo, al grado de merecer el calificativo de Valle de las Hamacas. De tan heroica urbe no ha quedado muro alguno, pues no los había; quedan, sí, y a profusión, tanto objeto artístico de arcilla y de obsidiana, tantos como para encontrarlos con frecuencia casi a flor de tierra.

Con respecto a los objetos arqueológicos un poco más ordinarios, encontrados en la zona de tierra vegetal que se encuentra bajo los estratos de tierra blanca, pumítica, volcánica, pertenecen a una civilización primitiva, arcaica. Concluimos admirando la obra artística de nuestros ascendientes indígenas y filosofando acerca de su aciaga suerte, ya por parte de los mismos nativos de otras tribus, ya por parte de los invasores españoles, ya de la misma naturaleza, manifestando que en la visita reciente que hicéramos al Museo Nacional David J. Guzmán, no encontramos espécimen alguno igual a los encontrados en la hacienda San Nicolás, propiedad de Don Antonio Daglio y pertenecientes al matrimonio Rivera Escobar y Señora.